



Islandia: fuego y hielo

En Islandia hay una erupción de literatura. Junto a las crónicas reunidas de John Carlin sobre el país, Jon Kalman Stefansson, Sjon y Steinar Bragi llegan para refrescar el verano... o para caldearlo aún más.

TEXTO ANTONIO G. ITURBE FOTOS MILO J. KRMPOTIĆ

Islandia es un país de 300.000 habitantes y tiene una de las mayores rentas per cápita del mundo y uno de los índices de criminalidad más bajos. Cuando los nórdicos –esto podría aplicarse a noruegos, suecos y finlandeses– escriben novelas policíacas no escriben género negro, sino ciencia ficción. En Islandia, los policías no llevan siquiera pistola, salvo un grupo de élite al que llaman "los Vikingos". John Carlin ha reunido en un libro una serie de estampas del país y lo ha titulado *Crónicas de Islandia, el mejor país del mundo* (La Línea del Horizonte). Aunque, igual que la felicidad es el preámbulo de la desgracia, lo mejor siempre es la antesala de lo peor.

Carlin, que siempre tiene buenos contactos (ahí están sus biografías de Mandela o de Rafa Nadal), antes de su primera visita al país –unos años atrás–, consultó con el islandés que tenía más a mano: el futbolista del F.C. Barcelona Eidur Gudjonsson y este le dio el contacto de su propia madre para que le dijera a quién tenía que visitar para hacerse una idea cabal del país. En estas crónicas vemos cómo Carlin enseguida queda subyugado por el ambiente apacible, lo bien que hablan inglés y el bienestar económico que se respira. Le cuentan que la gente tiene tanto dinero que no sabe en qué gastarlo. En un país

incrustado en el Círculo Polar Ártico, la importación de motos de gran cilindrada se ha disparado.

Uno se pregunta: si Islandia es un paraíso terrenal donde atan a los perros –aunque sean huskies– con longanizas, ¿por qué su literatura tiende a ser tan inquietante? Igual la respuesta a esa falta de alegría la tiene el –olvidadísimo– premio Nobel islandés que rescata Carlin, Hálldor Laxness, quien escribe: “Donde el glaciar se eleva hacia el firmamento, la tierra deja de ser de este mundo y se vuelve celestial. Allí no puede haber penas, de modo que no es necesaria la alegría, solo manda la belleza”.

Se ha publicado ahora en España la nueva novela de Steinar Bragi, uno de sus autores emergentes: *El silencio de las tierras altas* (Destino). Bragi nos sube a un coche en el que dos parejas de jóvenes viajan por el interior del país. Es una noche gélida en las cercanías del volcán Askja, cubierto por la nieve. La niebla es espesa como el puré de guisantes de las novelas londinenses de Fu-Manchú escritas por Eric Rohmer. No hay cobertura de móvil. Se desorientan. Ya no se ve ni el asfalto que tienen delante y cruzan una zona pantanosa donde uno de ellos, en una de esas bromas que tratan de disimular los nervios pero solo los crisan, recuerda que allí han

encontrado caballos de la Edad Media bien conservados en el lodo. Afuera, la temperatura ha caído vertiginosamente y la angustia va creciendo dentro del coche. De repente, un golpe los hace frenar en seco, cristales rotos, confusión, el motor echando humo. Se han estrellado contra el murete de una casa perdida en medio de la nada, de la que sale una pareja de ancianos con ojos espantados. Es una pareja extraña. Les ruegan que no salgan hasta el amanecer de una casa con puertas que no deben cruzarse. Ya sabemos lo que es una novela de angustia y extravío en la noche que te lleva al lugar equivocado, pero aquí veremos cómo deriva hacia el conflicto del cuarteto, que salta en pedazos. Un Stephen King a la islandesa, pero con menos trucos.

Otros dos autores, con más galones que Bragi, también acaban de publicar libro en este verano a la islandesa: Sjón y Jon Kalman Stefánsson. Los tres tienen algo en común, una marca a fuego de los autores islandeses: el peso del clima, el mapa y el territorio. Este país es una isla en medio del océano, peligrosamente cerca del Polo Norte, que debería ser poco más que un cubito de hielo flotante. Está más al norte que la mayor parte de Alaska. Pero la Corriente del Golfo crea corredores de aire caliente que atemperan el clima y la hacen habi-



table. Sin embargo, el Norte acecha y aquí la naturaleza se percibe fuerte, poderosa, diseñadora de paisajes maravillosos y capaz de crear infiernos devastadores para la insignificancia humana.

Una de las cosas que sorprende la primera vez que pisas Islandia es que es un país en el que la tierra late. En Geysir, a hora y media en coche de Reikiavik, los géisers funcionan como un corazón enterrado en el cuerpo arcilloso de la isla: el latido del agua en las pozas se va haciendo más y más grande hasta que estalla en un chorro de agua caliente que recuerda que este es un país de volcanes. En 2010, el Eyjafjallajökull se puso a fumar en

pipa y obligó a cancelar más de 5.000 vuelos de la todopoderosa industria aeronáutica europea. Aquí la naturaleza no está al servicio del turismo ni de la empresa. No se deja domesticar.

En la anterior novela de Jon Kalman Stefánsson, *Entre cielo y tierra* (Salamandra), sentías el peso de las fuerzas primigenias como si al abrir el libro abrieras una ventana al vendaval. El paisaje tiene un magnetismo extraordinario. La belleza es extrema, tan extrema que mata. Uno de los personajes dice: “La bahía de Faxaflói es ancha”. “¿Cómo de ancha?”, le preguntan. “Tan ancha que la vida no consigue cruzarla”. La vida de los pescadores que relata

Stefánsson es dura, muy dura. Un muchacho del que nunca nos dice el nombre es el hilo conductor de su mirada hacia ese Far West islandés que son los West Fjords. A los pescadores, el mar les da la vida y también se la arrebatada. El chico se quedará huérfano en ese rincón del mundo donde los cielos pueden irritarse hasta arrasarlo todo, pero donde la comunidad, con sus momentos de mezquindad y también de entrega, subsiste y aún es capaz de asombrarse ante la magnificencia que los rodea y también los sitia. En ese lugar donde el invierno se convierte en una larguísima noche de varios meses, el autor nos dice que “somos casi oscuridad”. Alegrías, pocas.

La segunda novela, *La tristeza de los ángeles* (Salamandra), tiene un título esclarecedor. Es una continuación de la anterior (será una trilogía) y vemos cómo el muchacho huérfano, al que el mar le ha arrebatado a su familia y su único amigo verdadero, va a parar a la posada de Helga. Allí nos reencontramos con la bella e independiente Geirprúdur, a la que la rancia comunidad quiere casar a toda costa porque su libertad es un mal ejemplo para el resto de mujeres. Vemos a personajes que beben para calentarse y luego siguen bebiendo hasta caer redondos. Uno de ellos es el cartero Jens, al que han de ayudar a bajar del caballo porque llega con las piernas casi congeladas después de su larga

ruta para traer cartas y noticias a ese inhóspito rincón.

Los jefes bordes no son un invento de la sociedad capitalista. El de Jens le tiene una tirria visceral, tal vez porque Jens se niega a hacerle caso cuando le dice que atravesese los fiordos en barco para ganar tiempo. Él es hombre de pisar tierra firme y prefiere subir y bajar montañas que bambolearse en el mar invernal a merced de lo que diga el viento. El doctor Sigurdur, farmacéutico y cacique local que dirige también el servicio de correos, lo manda, sin dejarlo descansar, a cubrir una ruta desconocida para Jens, seguramente con la intención de que fracase y tenga la

excusa que necesita para despedirlo. Jens y el muchacho, turbado por las primeras señales del amor, emprenden el viaje hacia el interior del país en una travesía épica en la que suben glaciares, tropiezan y se levantan, y, sobre todo, terminan mirando en la misma dirección. Un país del que Stefánsson nos dice que “el cielo dispone de una cantidad infinita de nieve”. Un relato que tiene su propio tempo, no apto para lectores con prisas, pero en el que, si entras, quedas hipnotizado.

Mucha nieve hay también en algunas novelas de Sigurjón Birgir Sigurdsson, que firma sus libros como Sjón (que significa “visión”). Sjón ha colaborado con la artista totémica de Islandia,





SLYSAHÆTTA

Heitir hverir undir yfirborði vatns
Böðun stranglega bönnuð

DANGER

Hot spots under water surface
Bathing strictly forbidden

Björk, para la que ha escrito varias canciones. Allí, Björk es un icono. El gobierno, en reconocimiento a su valiosa aportación en dar a conocer Islandia por el mundo (y atraer turismo e inversiones), le dio en usufructo una isla. Hubo cierta polémica, sobre todo porque la mayoría de sus canciones están en inglés y su domicilio fiscal, a muchas millas náuticas de su país. Pero en Islandia se discuten los detalles mientras se está de acuerdo en lo fundamental; se lo confirma a Carlin el escritor Hallgrímur Helgason (autor de *101 Reykjavik*): dos cosas han dado la vuelta al país en pocos años, la cantante Björk, que ha atraído a personalidades de todo el planeta, y la derogación de la ley que prohibía el consumo público de cerveza en 1989.

El cambio ha sido radical en dos décadas, veinte años atrás solo había dos restaurantes en Reikiavik y ahora hay docenas del máximo nivel internacional. Lo corroboro. En un restaurante con esa calidez nórdica de paredes forradas de maderas con tratamientos naturales, montones de cuadros y cortinas festoneadas como si fuera la casa de la abuela de Caperucita, anuncian en la carta frailecillo. Ese pájaro de pico anaranjado es el emblema nacional: está en camisetas, gorras, imanes de nevera y hasta en las cazuelas. Pero al pedir el plato lo que aparecen son tres tiras minimalistas con unas artísticas gotas de salsa y cinco hojas de algo parecido a la lechuga. Desde que pasean por aquí Robert de Niro, Clint Eastwood o personajes de la *jet set* mundial, la cocina de diseño ha llegado a la dura Islandia.

En *El zorro ártico*, obra extraordinaria con la que Sjón ganó en 2005 el premio de Literatura del Consejo Nórdico, de nuevo topábamos con una naturaleza arrolladora que no sabía nada de estrellas de la música ni de estrellas Michelin, sino de las que brillan con una luz helada en los

días despejados. Un libro lírico, con un punto de humor en la persecución obcecada del pastor Baldur Suggason del zorro escurridizo, pero también áspero e incluso muy duro, como cuando explica cómo en esa immaculada Islandia, un siglo atrás, se hacía desaparecer a los niños que nacían con síndrome de Down con el amparo social y eclesiástico. Sjón acaba de publicar *El chico que nunca existió* (Nórdica), una novela urbana (cosa rara en la literatura islandesa) centrada en Reikiavik. Quizá, al faltar el componente telúrico, en esta novela Sjón brilla menos. También el tema es más sórdido: la gripe española, que llena la isla de cadáveres; la clandestinidad del protagonista ejerciendo a escondidas de chapero en la hipócrita sociedad de mediados del siglo XX... y, sin embargo, al final hay una redención, a través precisamente de la ventana a la luz y la imaginación que eran para él la pantalla de cine, cuando por fin se marcha –o lo expulsan– de esa ciudad mustia y provinciana y regresa con los sueños cumplidos, como profesional del cinematógrafo. Porque en los libros de Sjón hay una pulsión por ir más allá de la peripecia y buscar un sentido trascendente de las cosas.

Una trascendencia que en Stefánsson es aún más acentuada, a veces incluso excesivamente subrayada, pero estimulante. Nos dice en *La tristeza de los ángeles*: “Sería cuestión de subir a las montañas en las noches serenas y oscuras como el infierno en busca de la locura o la felicidad, y entonces quizá le encuentres el sentido a la vida”.

Porque hay un dato a tener en cuenta: Bragi, Stefánsson y Sjón, antes que novelistas, son reconocidos autores de libros de poesía. En Islandia, los volcanes arden, la tierra se hiela, los géisers saltan... la naturaleza es tan tremenda que no se puede ser escritor sin ser poeta. •

MÁSTER EN EDICIÓN

SI ASPIRAS
A TOMAR
TUS PROPIAS
DECISIONES,
EMPIEZA
AHORA



Infórmate:

www.bsm.upf.edu/medi

93 547 81 82